

AGENDA CIUDADANA

SALINAS O LA SOMBRA DE DON PORFIRIO

Lorenzo Meyer

La Rueda del Tiempo.- Tras el triunfo de la Revolución Mexicana, el discurso oficial buscó resaltar y hacer creíble la ruptura profunda y definitiva del nuevo régimen con el Porfiriato. La historia del siglo XX no avala del todo esa tesis. Innegablemente muchas cosas cambiaron a partir del triunfo político-militar de los carrancistas y de la adopción en 1917 de una nueva constitución con artículos de fuerte contenido social y nacionalista. El surgimiento de un gran partido de Estado con Calles y las transformaciones en el México rural llevadas a cabo por la reforma agraria cardenista, marcan algunas de las grandes diferencias políticas y sociales entre el México porfirista -- donde el poder estaba personalizado al extremo y sostenido por una oligarquía terrateniente-- y el postrevolucionario. Sin embargo, con la perspectiva de más de medio siglo de postrrevolución, se puede percibir que los cambios resultaron menos profundos de lo que se esperó y se supuso. En cualquier caso y paradójicamente, hoy, al final del ciclo histórico dominado por la Revolución Mexicana y sus herencias, pareciera que la solución que la clase política se propone darle al agotamiento del régimen que nació con la caída en 1911 del régimen de dictadura personal, se asemejan notablemente al liberalismo oligárquico de principio del siglo, es decir, al que presidió don Porfirio.

Los Intermediarios.- La información que divulgó la semana pasada el periódico *Reforma*, en torno al papel que jugó la familia del actual gobernador de Coahuila y miembro destacado del círculo tecnocrático de Carlos Salinas, Rogelio Montemayor Seguy, en relación a la privatización de la empresa estatal Fertimex (*Reforma*, 7 a 10 de noviembre), es un punto secundario pero tan útil como cualquier otro, para empezar a constatar el parecido en forma y contenido entre el *modus operandi* y proyecto de la maquinaria política de principios del siglo y los de los últimos quince años.

Como se sabe, algunos miembros del círculo interno de Porfirio Díaz, usaron su control sobre el poder para explotar el papel de intermediarios entre el gobierno --"su gobierno"-- y los grandes capitales en el otorgamiento de las concesiones ferrocarrileras o mineras, entre otras. En realidad los intermediarios no tenían capital ni experiencia en el ramo, pero en cambio tenían algo igualmente valioso: las conexiones con el gobierno; por ello recibían las concesiones para luego trasladar el derecho adquirido a los auténticos inversionistas, llevándose una ganancia en el proceso. Se trataba de un procedimiento muy simple, pues como el Congreso no era un contrapeso del Ejecutivo, realmente una sólo persona era la que decidía a quien dar que, cuando y bajo que condiciones: esa persona obviamente era Porfirio Díaz. Un siglo después, cuando el liberalismo volvió a apoderarse del centro ideológico del sistema político, Carlos Salinas jugó el mismo papel que en su tiempo desempeñó el general

oaxaqueño: él fue la pieza clave para determinar a quien deberían ir los bancos, la empresa telefónica, las aerolíneas, las minas, las plantas siderúrgicas o la televisión estatal, a que precio, bajo que condiciones y para que se emplearía el dinero recibido. Ni el Congreso ni nadie fuera del círculo íntimo, tenía mayor influencia real en lo que fue una auténtica feria de las privatizaciones y de concesiones.

La última muestra de como operó realmente la privatización en el salinismo, la tenemos en lo que acaba de publicarse en torno a la venta del Complejo Industrial Pajaritos de Fertilizantes Mexicanos, que tuvo lugar en 1992. La empresa que ganó la licitación, Servicor, la ganó sin competencia, pues de los otros dos participantes uno se retiró antes y el otro ofreció ¡diez pesos! por una empresa por la que el gobierno pedía al menos 140 millones de dólares. Servicor era propiedad de Rogelio Montemayor Seguy y de su familia y nunca antes se habían dedicado a la producción y venta de fertilizantes o algo parecido, pero Rogelio Montemayor era entonces senador a punto de ser gobernador de Coahuila, y un economista que desde hacia 14 años había ingresado al círculo interno de Carlos Salinas cuando éste se encontraba como director en la Secretaría de Hacienda.

Los Montemayor ganaron la licitación con una oferta de 143.6 millones de dólares, pero no se quedaron con la planta de Fertimex, sino que en cosa de días cedieron sus derechos a cuatro empresas creadas exprofeso en Coahuila por el Grupo Acerero del Norte (GAN), para hacerse cargo de la productora de

fertilizantes. En efecto, fue GAN quien el 22 de junio de 1992 firmó con el gobierno el contrato de compra venta de Fertimex. En resumen, los Montemayor fueron básicamente intermediarios para pasar una propiedad gubernamental al grupo que realmente la iba a explotar y que, además, ya tenía o tendría en su poder otras empresas privatizadas: Altos Hornos de México y Minera Carbonífera Río Escondido.

Apenas ahora estamos enterándonos de la naturaleza del esquema privatizador y aún hay mucho escondido que sacar a la superficie en ese campo. En su momento, el Congreso ni pudo ni quiso vigilar la venta masiva de las empresas públicas ni el destino de los dineros. De los partidos, sólo el PRD desde el inicio puso en duda el sentido y la transparencia de las ventas, pero careció de la fuerza política necesaria para forzar al salinismo a debatir el tema y hacer pública la información pertinente.

Las Otras Similitudes.- El aspecto porfirista del salinismo no se queda sólo en la similitud entre los "científicos" de hace un siglo y los "tecnócratas" de hoy en su papel de intermediarios. Hay otras semejanzas más importantes y estructurales, como la decisión de usar el poder político de la presidencia para alentar la concentración del poder económico en unas cuantas manos. Se dijo en su momento que la razón para propiciar desde el gobierno la concentración de capitales, era permitir a grupos mexicanos competir con éxito en una arena dominada por gigantes, la del mercado internacional. Sin desechar

de entrada ese argumento, se puede encontrar otra explicación adicional: hacer de esas pocas familias con capitales de cientos o miles de millones de dólares, el centro de una alianza oligárquica que ocupase en el futuro el lugar estratégico --la base del régimen del siglo XXI-- que ya no puede seguir teniendo la desgastada red corporativa y populista que se forjó al calor de la Revolución y del cardenismo, pero que hoy ya prácticamente esta agonizando: CTM, CNC, CNOP, etcétera.

Así pues, al privatizar empresas públicas dentro de los esquemas propios de un régimen no democrático, el gran poder presidencial no sólo permitió que ciertos favoritos, incluido el propio hermano del presidente, se beneficiaran de su papel de intermediarios de manera inmediata y en grande, sino que al ayudar a concentrar el poder económico en dos o tres docenas de destacados grupos económicos, el salinismo se propuso crear una formidable base de poder de cara al futuro.

El Porfiriato no era sólo Díaz --el "buen dictador" que mantenía el equilibrio de los cacicazgos locales y arreglaba sistemáticamente el resultado de las elecciones nacionales, estatales y municipales--, sino también el aparato tecnocrático y burocrático --"los científicos"-- de la administración central y la formidable red de jefes políticos que ejercía la vigilancia y control de la vida local. Todo este aparato, al que se deben añadir los gobernadores y los altos jefes militares, apoyó y se apoyó en las grandes familias concentradoras de la riqueza: Escandón, García Pimentel, Molina, Terrazas, Limantour, De la

Torre, Camacho, Iturbe, etcétera. El porfiriato era también una Iglesia Católica que ya poco tenía que reclamar al gobierno y si mucho que agradecerle. Y finalmente, el porfiriato también era una relación funcional con el exterior; el esquema tecnocrático-oligárquico interactuaba en un juego de beneficio mutuo con el capital y la diplomacia de las potencias centrales, básicamente de Estados Unidos e Inglaterra.

El Salinismo Original.- Antes de que "los errores de diciembre" empezaran a destejer la red de poder fabricada por Carlos Salinas, su esquema básico y su proyecto de cara al siglo XXI tenía notables similitudes de fondo con el régimen anterior a la Revolución Mexicana, aunque mejorado, pues el control sobre el proceso electoral y la estrecha relación del presidente y sus tecnócratas con los grandes capitales familiares --bancos, teléfonos, televisión, cemento, vidrio, minería, alimentos--, con la Iglesia, con los inversionistas extranjeros y el gobierno de Estados Unidos, no impidió que se mantuviera lo que le faltó a Díaz: una base social masiva y directamente conectada con el presidente --el Pronasol-- y, desde luego, el viejo partido corporativo de Estado, que aunque en lenta retirada, aún mantenía, y mantiene, el control sobre el campo político. En realidad, el salinismo logró que el gran capital financiara parcialmente el lado populista del neoliberalismo, de ahí la lista de los grandes empresarios invitados a la cena con el presidente Salinas en casa de Antonio Ortiz Mena en febrero de

1993 para tratar el asunto del apoyo multimillonario al PRI para las elecciones de 1994, las de los famosos 17 millones de votos.

Las Fallas.- Al final, a Porfirio Díaz y a la oligarquía se les descompuso el esquema al no poder resolver el problema de como transmitir, a tiempo y sin conflicto, el mando en un sistema basado en la fuerte personalidad del general oaxaqueño pero cuya vida ya estaba llegando a su final. Al tratar de arreglar la continuidad del sistema oligárquico, Díaz propició la división de la elite y por ahí se colaron los agraviados, los marginados de las clases media y popular, que finalmente dieron al traste con el delicado mecanismo montado por Díaz y los suyos.

A Salinas y a su grupo, el esquema se les descompuso, al menos parcialmente, por la rapidez conque debieron montarlo. El Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos y Canadá y toda la apertura económica va a dar resultado, en caso de darlo, en un período de tiempo muy superior al sexenio del que disponía Salinas; fue por ello que decidió prender una falsa prosperidad económica de los alfileres del capital externo especulativo, y el velo se cayó cuando sopló el viento del cambio sexenal y de los "errores de diciembre". Pero eso no fue todo, Salinas como Díaz tampoco logró solucionar el problema del tránsito de un partido de Estado --el dictador institucional e "indispensable" de la postrrevolución-- a un sistema más abierto y plural, acorde con los tiempos democráticos mundiales que corren.

Si bien a Salinas personalmente y a su grupo quizá se les haya descompuesto definitivamente el proyecto de mantenerse en

Error:
Referen
nce
source
not
found

control del proceso político mexicano a través de la elección sucesiva de sus miembros prominentes a la presidencia de la República --tal y como lo vaticinó hace años el actual canciller Angel Gurría--, sigue en marcha el proceso de colocar a las grandes concentraciones de capital creadas o expandidas durante el salinismo, en el centro mismo del régimen político que viene, el del siglo XXI. Lo que está por verse, es como podrá un sistema como ese resolver el gran problema histórico mexicano y que se ha agudizado en los últimos quince años: el problema social.